

# UNA REALIDAD SOCIAL IMPRESIONANTE EN EL CORAZÓN DE HISPANOAMÉRICA

SUMARIO: *Escenas de indios en el corazón de Bolivia.—Situación abigarrada y triste.—Misiones protestantes.—Lo que significó la expulsión de los antiguos misioneros.—Necesidad actual de nuevos misioneros.*

No ha mucho tiempo, viajé remontando el curso del río Piray, en una canoa tripulada por tres indios sirionós y gobernada por el patrón blanco.

Los indios habían nacido en la selva, en una tribu nómada de bárbaros, y después, ya jóvenes, se habían reducido a vida sedentaria de agricultores. Instruidos debidamente, con otros nueve compañeros suyos, y cada uno con su esposa, habían recibido, por mi mano, Bautismo, Confirmación, Eucaristía, Penitencia y Matrimonio.

La canoa, de unos ocho metros de longitud por medio de anchura, era de una sola pieza, como la inmensa mayoría de las que surcan los afluentes y subafluentes del Madeira, y había sido construida vaciando el tronco de un árbol «mara».

Avanzábamos junto a la orilla, al impulso vigoroso y regular de los naturales, que empuñaban toscos remos de dos piezas.

La vegetación exuberante parecía volcarse desde la ribera sobre el río. Las aves más variadas miraban sorprendidas el paso de la embarcación, interrumpiendo sus trinos y gorgoros. Las más próximas emprendían el vuelo temerosas. Los monos interrumpían sus saltos en la enramada. Recostados perezosamente en la ribera, se veían grandes lagartos. Un lobo acuático cruza de una a otra orilla.

De pronto, en la majestad de aquel atardecer, oímos una cadencia monótona lejana, en la que se percibían sonidos de instrumento de percusión. Al momento se detuvo el ritmo de los remos. Con el alma en vilo, mis cuatro hombres, tensos los sentidos, en actitud de máxima captación, permanecieron como estatuas, un minuto largo...

¡Los curucas! —dijo, al cabo, nuestro patrón—. Están celebrando el plenilunio.

Los curucuas son indios de la misma raza y familia de los sirionós; pero, indómitos, siguen en su vida nómada, en campamentos que a veces llegan a 200 ó 300 familias. Se alimentan de lo que obtienen de la caza y pesca, y de lo que espontáneamente les ofrece la vegetación tropical. Usan arco y flechas envenenadas. Se mantienen hostiles, en su barbarie y paganismo idólatrico.

Dos meses antes, han matado a traición a uno de los sirionós reducidos, a los que desprecian en su altivez salvaje. Hace poco, han repetido la hazaña con otro.

Pienso qué podríamos hacer por ellos. A mi pregunta, responde el patrón que sería menester ofrecerles obsequios, para ir con esperanza de tratar amistosamente con ellos. Dicho esto, dió un grito gutural largo y modulado. Al punto cesó la música curucua, y se hizo un silencio completo. No hubo más reacción aparente.

Al poco rato reemprendemos la marcha, con cierta cautela, y antes de media hora, anochecido ya, desembarcamos en la orilla opuesta al lugar de donde vino la música.

Disponemos las mosquiteras y colchonetas de campaña, y descansamos alrededor de una pequeña hoguera: no mucho antes habíamos visto, extendida por un cazador, la piel de un tigre recién cazado la víspera, junto al río; y poco después nos cruzamos con otro cazador que llevaba consigo doce pieles de tigre, fruto de unas pocas semanas de cacería por aquella selva.

¡Qué mundo éste, tan desconocido en Europa!

Extendiendo la mirada, el cuadro se complica. Al oriente, no muy lejos, hay otras tribus bárbaras, los yanaíguas. Estos, para el combate, usan la macana o gran palo, abultado y estriado en su extremo, con el cual destrozan el cráneo del enemigo, de un golpe.

Más al occidente, ya junto al río Ichilo y cerca del Chapare, viven otros bárbaros: los yuracarés. Los protestantes han establecido misiones para reducirlos: en sus canoas con motor, recorren aquellos ríos diseminando a ambos lados su semilla desvirtuada. A mi llegada del viaje que refiero, supe que un estudioso protestante se disponía a internarse por la zona descrita, provisto de magnetófono, para captar con perfección las pronunciaciones difíciles del sirionó y de las demás lenguas de la religión.

El territorio referido forma la porción septentrional de la diócesis de Santa Cruz de la Sierra. Más al norte, está el Vicariato Apostólico de Trinidad, tierra de Moxos. Al oriente, el Vicariato Apostólico de Concepción, tierra de guarayos. Al occidente, la diócesis de Cochabamba. Los dos Vicariatos citados, así como el de Chiquitos, que queda más al oriente, están al cargo de los beneméritos Padres Franciscanos.

En este extenso territorio he navegado más de 200 kms. por donde no había recuerdo de paso de ningún sacerdote. Pero, allí mismo, el terraplén del camino construído, hace más de dos siglos, bajo la dirección de los misioneros de la Compañía de Jesús, se puede apreciar perfectamente en

diversos tramos, aunque invadido por la arrolladora vegetación tropical. En aquel tiempo, era fácil la comunicación entre Santa Cruz y Loreto: hoy día, el camino es impracticable casi todo el año.

Por el mismo río Piray que estamos remontando, en la zona que recorreremos, también de unos 200 kms., no se ha visto sacerdote alguno durante nueve años.

Y es cierto que los indios reducidos por familias particulares carecen de muchos elementos que les podría dar una organización más cuidada.

En períodos de inundaciones, o de otras especiales dificultades para alguna tribu (por ejemplo, los ataques de otras más belicosas y fuertes) han acudido a las reducciones nuevas familias de bárbaros, a veces en gran número; pero la falta de instrumentos, de ganado y de otros medios con que mantenerlos y ocuparlos, hizo necesaria una nueva dispersión.

En los tiempos de más prosperidad de los gomales del norte, no faltaron explotadores desaprensivos que llevaron, con promesas halagadoras, grandes grupos de indios reducidos en poblados de tipo agrícola moderado, a los trabajos agotadores de la goma, que los diezmaron y apenas permitieron a unos pocos sobrevivientes regresar a su región natal, donde habían quedado sus familiares.

La población blanca es reducida; está repartida en haciendas establecidas a la orilla de los ríos, en alguna altura libre de inundaciones y de posibles desviaciones del curso de las aguas, que a veces han ocasionado verdaderas catástrofes. Tal fué la que, hace casi 30 años, al desviar el cauce del río Grande, impidió la navegación, que se había practicado hasta el puerto de Cuatro Ojos en lanchas de dos pisos para pasaje y carga, y que ahora no pasan más arriba de Trinidad; o sea, unos 800 kms. menos de navegación.

Estas haciendas, espaciadas y no grandes, se dedican generalmente al cultivo del cacao, café, plátanos, tabaco, maíz, arroz, etc.

Algunos de estos establecimientos tienen aserradero. La riqueza de la región, en madera, es fabulosa; bosques enteros de maderas incorruptibles: cedro, mara, caoba, palo María, etc.; abundan los troncos de más de 20 m. de longitud, cuyo diámetro mínimo excede el metro.

Los bosques chicolatales son inmensos. Su fruto, que en el invierno es devorado por los innumerables monos que pueblan la selva, al llegar el verano, en que éstos hallan otros frutos más sabrosos, queda para los cosecheros de ocasión que, en verdaderas caravanas, llegan por los ríos a recoger donde no sembraron. Con sólo limpiar un poco alguno de estos bosques, y mantener alejados a los monos con algún disparo, se puede cosechar en los chicolatales durante todo el año. Esto es lo que se hace en buena parte de las haciendas establecidas.

Salta a la vista, después de lo dicho, que difícilmente, si no es por modo excepcional, se hallará una realidad más abigarrada sociológicamente. Todos los que la conocen, a mayor o menor distancia, generalmente desde una distancia considerable, quedan impresionados. Las mismas autoridades, espe-

cialmente el Ministerio de Agricultura y Colonización, han sabido de estos hechos y han mostrado deseos de solucionar el cúmulo de problemas que presentan; pero no parece que se hayan dado pasos decisivos en este orden. En varias ocasiones las tribus han atacado a otros pobladores, en busca de un alimento que no les da la tierra inundada y que no les cede de grado quien lo tiene sobrante; o en defensa del solar que tienen por suyo desde hace siglos; y ¿quién osará negarles un verdadero derecho, aunque admita limitaciones? Cuando dicha acción bélica se ha mostrado más dura y ha ocasionado más ansiedad con el clamor de las víctimas<sup>1</sup>, ha habido represalias sangrientas, que difieren el momento de alcanzar una solución definitiva y humana.

La Iglesia procura estar presente, en la medida que le permite su escasez de personal y su falta de medios materiales aptos y suficientes para realizar una labor misionera y social estable. Los mismos sacerdotes que andan agobiados con la solicitud de la carga pastoral de poblaciones numerosas, han de buscar oportunidad para atender, cuanto cabe, a los moradores de estas zonas desamparadas.

Al reflexionar sobre esta materia, vienen a la memoria las palabras de un distinguido historiador y publicista cruceño, no sospechoso de parcialidad, por su tendencia liberal, aunque moderada. Al hablar de la acción de los misioneros en las zonas descritas y en las colindantes, dice:

«Sin los misioneros y especialmente sin los jesuitas, la extensión de la conquista habría sido imposible en ciertos territorios poblados por tribus salvajes. Allí donde ellos no estuvieron durante el período colonial, o en los lugares de donde fueron expulsados sin que se les sustituyera de inmediato... los indios siguen viviendo en la barbarie más absoluta. Lo que no podían hacer los expedicionarios militares, lo hacían los misioneros. En tiempo relativamente corto, los jesuitas redujeron a «doctrinas» las tribus de Chiquitos y de Mojos...; no iban los misioneros en busca de metales preciosos, sino de almas, para difundir el dominio de la fe... La táctica de los misioneros era siempre la misma: aprendizaje del idioma..., dádivas y actos caritativos, hasta infundirles confianza. Nacida ésta, empezaba el trabajo de persuasión en materia religiosa...; les sugerían... vivir en poblados estables; ...enseñanza de artes y oficios útiles...; poco a poco las misiones se transformaban en centros sociales y religiosos, a la vez que en grandes explotaciones agrícolas y ganaderas... La acción de los misioneros fué valiosa y decisiva... Reservado estaba a los discípulos de Loyola realizar la hazaña de crear centros de cultura en tierras pobres de metales preciosos y algunas de ellas inhospitalarias en grado sumo<sup>2</sup>.

El mismo autor, al comentar el decreto de extrañamiento de la Compañía de Jesús, dice que sobrevino en forma brusca que «casi no permitió

<sup>1</sup> El último de los heridos de flecha envenenada a quien asistí, se estuvo debatiendo, entre la vida y la muerte, en una agonía de casi un año.

<sup>2</sup> ENRIQUE FINOT, *Nueva Historia de Bolivia*. La Paz, 1954, pág. 86 ss.

tomar medidas... para que el cambio... no destruyera en un solo día... el resultado de la paciente labor de tantos años. Puede afirmarse sin hipérbole, que la decadencia que sufrieron la provincia de Santa Cruz de la Sierra y sus dependencias de Mojos y Chiquitos, con esta medida, no ha terminado en nuestros días... Los núcleos de indios conversos que no perecieron, cazados como fieras o sometidos a trabajos forzados inhumanos, volvieron al estado salvaje en que se han mantenido parcialmente, aun dentro de la época republicana... Ya sabemos que los jesuitas y nada más que los jesuitas, incorporaron a la vida civil del país, las extensas regiones de Mojos, Chiquitos y el Chaco. El real decreto... mandaba ocupar... todas las temporalidades de la Compañía de Jesús... Las «temporalidades» eran los bienes de las misiones... Las sublevaciones de los indios no se hicieron esperar y pronto se vió el peligro de que se perdieran totalmente tan florecientes poblaciones y colonias... Los gobernadores civiles carecían del espíritu evangélico y de la práctica en el trato de los indios, que habían hecho de los misioneros hombres irremplazables. Muchos pueblos se disolvieron y sus habitantes volvieron a la vida salvaje»<sup>3</sup>.

Es bien significativa esta rotunda afirmación de la eficacia de la Iglesia en su labor civilizadora. Y no se puede negar la necesidad de que la misma Iglesia esté presente en la continuación y perfeccionamiento de la obra.

Pero, ¿cómo se realizará tal presencia, con una más intensa actuación, en el campo de que hoy nos hemos ocupado? ¿Quiénes serán los que, en nombre de la Iglesia, emprenderán la tarea? ¿Serán los miembros de alguna familia de Religiones? ¿Serán los Sacerdotes de alguna diócesis o de alguna organización misional interdiocesana? Roguemos al Señor, para que envíe operarios a su mies.

VALENTÍN PRAT, S. I.  
Cochabamba-Bolivia

---

<sup>3</sup> Ibid., pág. 119.